

Nació en una familia de cabreros y pasó su infancia en un chozo en pleno monte, alejado de la escuela. ¿Cómo recuerda su niñez?

Tengo muy buenos recuerdos de aquella vida. Entonces no había con qué comparar. La vida era estar con las cabras y nada más, no había televisión, no había radio... Vivíamos como en el Neolítico: cuando es de día te levantas y cuando es de noche te acuestas. Cuando llueve te proteges y cuando hace sol te oreas (Risas). Era normal en aquella época vivir así.

¿Cómo aprendió a leer y a escribir si no iba al colegio?

Yo sabía leer y escribir un poco por mi padre y por mi madre, lo básico para defenderse si había que ir a la ciudad o vender algo.

Y luego fue a la mili voluntario...

Sí, con 16 años. Allí aprendí a leer y a escribir en buena medida, tampoco demasiado. Intenté matricularme en Bachiller, pero no tenía el certificado de estudios primarios... Me lo saqué cuando saqué de la mili, a los 18 años.

¿Y cómo fue ese paso hasta ser doctor ingeniero de Montes?

Con el tiempo y paciencia (risas). No tenía un proyecto claro. Lo que sí sabía era lo que no quería hacer: «Lo que yo no quiero es estar aquí», pensaba.

Le tiraba el monte pero no las cabras...

A partir de los 18 años fue cuando empecé a querer irme. ¿Y dónde? Salió una Escuela de Formación Profesional que era de capacitates forestales. Me fui a Pontevedra, estuve dos años, saqué el diploma de capataz.

(Su mujer, Pilar Tineo, interviene para aclarar que fue el número uno de la promoción).

Entonces era muy listo, ahora ya no tanto (bromea). Acabé y me puse a trabajar en el primer inventario de todos los montes de España. Trabajaba midiendo árboles. Después hice un curso preparatorio para poder entrar en ingenieros técnicos. Empecé la carrera a la vez que seguía trabajando, tenía que vivir. Dejé el inventario y me fui a Madrid al Instituto de Investigación en Técnicas Forestales. Hice la carrera de ingeniero técnico, luego saqué una oposición de ingeniero del Estado, después la de investigador... Y ahora es todo un referente en la investigación aplicada a la Ingeniería de Montes en España y en Europa.

Yo no lo puedo decir... es que los compañeros son muy bondadosos conmigo.

EN LA ÚLTIMA GREGORIO MONTERO
DOCTOR INGENIERO DE MONTES

«La sociedad urbanita mitifica el monte demasiado»



Gregorio Montero, el pasado miércoles en Zaragoza. GUILLERMO MESTRE

En su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias de Zaragoza habló sobre la selvicultura, disciplina con la que tienen que ver las cabras por su aportación a la limpieza del monte. Es otro concepto, pero sí que lo tiene, claro.

¿Cómo están los bosques ante los incendios?

Están algo peor de lo que podían estar.

¿Hay mucho material inflamable?

Hay muchas hectáreas y mucho material inflamable. El 56% de la

superficie de España está declarada como forestal, hay mucha biomasa porque no se extrae, no se limpian los montes, no se gestionan.

¿Y cómo se pueden proteger más?

Fundamentalmente con extracción de biomasa, con el pastoreo, con mayor vigilancia, y con cortafuegos haciendo cuadrículado. Hay que buscar límites para proteger al monte. Un amigo mío economista me decía: «Algo tenéis que hacer, porque en los barrios viejos de Madrid o Barcelona, si una señora mayor se deja la bombona de butano abierta se quema su piso, pero no toda la manzana». Aunque se invierte mucho, va casi todo a extinción y muy poco a prevención. La gestión es muy cara.

EL PERSONAJE

● Nació en Cabezabellosa, Cáceres (1946) en una familia de cabreros y no pudo ir a la escuela. Doctor ingeniero de Montes, ha ingresado en la Real Academia de Ciencias de Zaragoza

¿Vivimos de espaldas al monte?

La sociedad urbanita tiene amor al monte, a veces lo mitifica más de lo debido y eso es uno de los problemas. Quieren que el monte, la naturaleza salvaje, sea el centro de todas las cosas. Eso que en filosofía se llama antropocentrismo y biocentrismo. Se quiere gestionar el monte solo con la voluntad y el cariño, pero hace falta algo más, unas técnicas gestionadas por humanos que necesitan alimentos, herramientas, el medio para vivir de él.

¿Cree que se puede volver a los pueblos?

Es difícil, porque la gente piensa que las labores que desempeñan quienes están en los pueblos con la madera, la ganadería y agricultura son fáciles, y no lo son. Hay que mamarlas, no se aprenden de un día para otro.

También ha estado en la gestión política...

Bueno, fui subdirector del Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias. Pero a los cuatro años me fui porque pensé: «Si me quedo más tiempo me estropeo, me pierdo». Te desconectas de tu carrera.

NURIA CASAS